

## **Basura**

Aquel día era el primero festivo del comienzo de un puente que razones familiares y de salud les obligaron a pasarlo en casa sin salir fuera de la ciudad como acostumbraban, aunque al mediodía decidieron salir a dar un paseo hasta la hora de la comida. El olor del otoño avanzado era añejo y seco, y dejaba un aroma en los parques aledaños al río que les recordaba el ambiente de las eras en verano, cuando las parvas se preparaban y las trillas y el heno giraban y giraban y se desplazaban movidas por el viento los machos y las mulas. “No es este un otoño húmedo y fresco al nacer”, dijo él, “parece más bien la prolongación de un verano cansado y mortecino”.

Salieron poco convencidos de adónde ir. Para ir al rastro era un poco tarde, ir al parque a pasear podía ser una buena idea, y por qué no ir a visitar a su tía, pensó ella, y así esta semana con el jaleo que tengo no necesito ir a verla después del trabajo. La arreglo las uñas, la depilo, la peino, y en fin, la hago esas pequeñas cosas que tanto agradece la sean cuidadas de vez en cuando, continuó pensando, y así se lo propuso sin que Bernabé prestara en apariencia mucha atención a lo que ella decía, pero sin mostrar tampoco objeción a su propuesta.

“De acuerdo”, la dijo, cuando iniciaban el paso del puente sobre el río que separaba su barrio de la casa de su tía.

Se sorprendió cuando llamaron a su puerta. Soy yo tía, dijo Andrea, mientras ambos al oírla hablar por el telefonillo sentían, mirándose a los ojos, un escalofrío en sus cuerpos presintiendo la alegría de la anciana al saber que eran ellos quienes la visitaban, ese día, de fiesta, cuando ella normalmente, no tenía nadie a quien esperar que rompiera la soledad de sus fiestas, de sus domingos en casa, trajinando sin parar, como siempre. Haciendo sus cosas como una hormiguita que hubiera de estar atareada para darse cuenta de que estaba viva. Para arropar con sus tareas el frío de su soledad.

Andrea la depiló, la hizo la manicura y peinaba su blanco pelo, cuando Bernabé dijo que se iba a preparar algo para tomar, que si le dejaba hurgarle en la nevera para ver qué tomaba de aperitivo, a lo que ella con una sonrisa y un gesto cómplices conocidos para la ahijada a quien miraba complacida, daba su consentimiento mientras esta seguía con su labor sobre un cutis terso e inmaculado a pesar de su edad.

Bernabé entró en la diminuta cocina hecha como para cubrir las mínimas necesidades muy alejadas de la de cualquier hogar medio, sacando de la nevera una de las tres botellas de cerveza que la anciana siempre solía tener por si alguien venía a visitarla, aunque a veces pasaban meses hasta que las tenía que reponer. También sacó una pequeña sartén con restos de pisto preparado por ella el día anterior que tendría reservado para cenar esa noche o la siguiente.

Me dejas que lo pruebe con la cerveza, la dijo Bernabé, a lo que la madrina seguía sin responder, solo miraba a Andrea con la misma sonrisa cómplice alegre y tolerante hacia lo que él la pedía.

A continuación Bernabé buscó un plato para servirse un poco del pisto preparado por las delicadas manos octogenarias, seguro que con todo el primor del mundo. Y así es como se fijó en el cubo de la basura. Estaba situado a la izquierda del fregadero en el hueco que le separaba de la cocina en la que hervían a fuego lento unas judías verdes. No parecía que fuese basura lo que había en el cubo, razón por la cual llamó su atención e hizo que se fijase en el orden y colocación de las bolsitas de desechos que había en su interior.

No eran bolsas de basura comunes, eran bolsas de plástico blancas de otros usos, y dentro de una más grande había otras menores en forma casi esférica, como formando apartados para los distintos tipos de basura que no parecían tal cosa, sino elementos de decoración de cualquier casa en Navidad.

Una de las bolsas menores dentro de la mayor contenía hebras de las judías verdes delicadamente recortadas que ahora hervían. Esas hebras dentro de su bolsa recordaban a Bernabé capullos de gusanos de seda cuando comienzan a formarlos antes de su metamorfosis. No, cuidado, no la tires, dijo Bernabé a Andrea cuando se disponía a tirar el casco de la

botella de cerveza vacía al cubo sobre las bolsas delicadamente preparadas.

Era un elemento animado y decorativo. No podía ser de basura aquella bolsa dulcemente cerrada mediante un atado delicado, y tensado en forma de globo por la propia fuerza de las hebras que aun frescas aspiraban a expandirse y liberarse de su cautiverio. Otras bolsas contenían pequeños papelillos y otros desechos y todas cerradas llenaban la mayor, cada una como si su contenido tuviera vida aun siendo eso, basura.

“Vaya plato más viejo que te has puesto para tomar eso”, le decía la madrina a Bernabé al verle acabar con el resto del pisto que estaba tomando, “¿no has podido coger otro más nuevo? Insistía a modo de regañina”.

Estuvieron largo rato con ella charlando y disfrutando del acierto de una visita que ninguno imaginaba pudiera haberle dado tanta alegría a aquella anciana dulce, y cuando se despiden y vuelven a casa, oyen, ya bajando las escaleras, cómo la anciana hablaba con una vecina del corredor a la que le decía, “¿la ha visto? Es mi sobrina ¿sabe? Ha estado aquí a visitarme con su marido”.

Hoy, recordaba Andrea aquel día no lejano allí mismo, mientras dos hombres terminaban de cerrar la bolsa de plástico que se disponían a sacar de la casa.

Había llamado a Bernabé al trabajo para que la acompañara cuando la llamaron temprano del centro de día para preguntar por qué no había ido su tía esa mañana todavía. Cuando llegaron, lo antes que pudieron, abrió la puerta nerviosa y vio desde el pasillo de entrada su habitación al fondo con la cama sin hacer y la luz de la mesilla encendida. En la mesa del cuarto de estar había una taza de manzanilla fría a medias de tomar. Cuando se dirigieron hacia su habitación la vieron sentada en el sofá del comedor. Se dirigieron hacia ella y sus miradas expresaron con elocuencia el motivo del reposo de la anciana con los ojos cerrados. Su cuerpo ya estaba frío.

Poco después, pensando en la soledad de su tía al encontrarse mal en aquel momento posiblemente al levantarse como cada mañana a tomar una manzanilla, el sonido de la cremallera cerrando la bolsa de plástico negra hizo estremecer todo su cuerpo de nuevo. Terminaron de cerrarla y Bernabé les ayudó a ponerla sobre una silla de ruedas para bajarla a la calle. En su habitación sobre la cama sin hacer seguía sonando la radio que acostumbraba a escuchar un rato cada día antes de levantarse.

***Javier Bodas Ortega***

*24/02/12*